

Nuestra creencia se ha ido moviendo históricamente (de la glorificación del cosmos a la deificación de la tecnología), de manera inevitable, y como consecuencia de una ausencia de identidad.

ENSAYO



El pollo cree. O cree que cree.

ANDRÉS JÁQUEZ GARCÍA

25

S

lavoj Zizek, filósofo materialista-dialéctico y psicoanalista, es considerado *el Elvis de la teoría social* y algunos teóricos modernos están convencidos en la idea de que en cada conferencia que imparte se presiente la atmósfera como si se tratara de un concierto de rock. Y no solo es la manera en que sus fanáticos adoptan sus posturas e ideas, pareciera que seguir a Zizek es una nueva forma de ser punk-filosóficamente hablando -, sino que las poses y gesticulaciones del filósofo se asemejan al cantante que debe mantener la atención y ritmo de su audiencia. Por eso Zizek cuenta bromas. Por eso Zizek hace reír a su público y lo entretiene mientras, por debajo de la mesa, realiza acrobacias mentales y críticas muy severas hacia la sociedad, la idea de religión, del ser humano, de la naturaleza y de la existencia misma, así como, por qué no decirlo, hacia su propia necesidad de ser escuchado y, simultáneamente, de tener un tumulto de gente que lo escucha.

Zizek cuenta especialmente una broma que ha generado grandes textos de análisis en los medios electrónicos y en espacios académicos. La broma del pollo. Tal broma apunta hacia una crítica sobre los conceptos de ignorancia y creencia, así como la necesaria interacción de ambos para ser signos efectivos que utilizamos los seres humanos en la construcción diaria de nuestras realidades simbólicas. La presunción de tal historia es que *no creemos* sino que solamente *creemos que creemos*.



Nicholas Allanach reproduce en su blog, llamado NEW WORLD –accounts and commentary from NYC- la lectura “*The Ignorance of Chicken: Who Believes What Today?*” en la que Zizek expone la broma:

{This joke is about a chicken; or more specifically, a man who believes he is a piece of grain and, subsequently, fears the chicken that could eat him. Eventually, the delusional man goes to therapy; where, ultimately, he becomes convinced he is not a piece of grain; however, the man still feels anxious about the chicken. Bewildered, the therapist asks, “Why are you still afraid of the chicken? You know you’re not a piece of grain!” To which the man replies, “Yes, I know I’m not a piece of grain, but does the chicken know I’m not?”}

Y, como bien explica Allanach, esta broma ilustra la función de la creencia en nuestra actualidad. Nuestra creencia se ha ido moviendo históricamente (de la glorificación del cosmos a la deificación de la tecnología), de manera inevitable, y como consecuencia de una ausencia de identidad. ¿Qué es el hombre?, era la pregunta más profunda que hacía Kant en sus críticas. Ahora el hombre puede responder: no sé qué soy, no me importa saberlo, quizás soy el pollo y en lo único en lo que creo es en el pollo.

“La creencia y la ideología no son más que meros constructos sociales”, apunta Zizek. Y observa también que creemos en la historia como una ciencia de las creencias, de las ideologías; donde la historia misma es una manifestación de nuestra manera de *creer que creemos*. La historia, para Zizek, es el GRAN OTRO al que hace referencia Jacques Lacan. Ese GRAN OTRO que alimentamos día a día al encender el control remoto de la gran familia de aparatos electrónicos que absorben nuestro tiempo, nuestra paciencia, nuestra razón. Hacemos historia porque creemos en la externalización de todo, dirigida hacia el otro. Esa externalización nos conduce a la búsqueda insaciable de historias en otro espacio que no sea el nuestro, en otro ser que no seamos nosotros. Creemos en las historias de los otros, pero no en la nuestra propia. Y también sabemos que la creencia puede ser intercambiable, moldeable, personalizable. Es algo que hemos aprendido de la historia. Es algo que la modernidad nos ha dejado como herencia: somos escépticos de todo, sospechamos de todo, convenientemente, porque eso nos permite creer en algo nuevo, en algo que no problematice nuestra realidad simbólica por un tiempo razonable, el tiempo que logre resistir esa creencia a su propia caducidad ideológica.

El pollo se alimenta de hipocresía, vanidad, avaricia, individualismo y cualquier ingrediente más que refleje nuestra sociedad actual, pero principalmente de ignorancia – provocada por la cobardía que implica dejar de creer superficialmente y dar oportunidad a la razón -. Todo hombre lógico y razonable puede observar que la sujeción al concepto de realidad es mera percepción. Debido a que la realidad se mueve por designaciones simbólicas novedosas es imposible mantener fijamente el concepto y nombrarlo un conocimiento universal. La realidad no existe más que en un determinado espacio y tiempo, dando cabida a la contextualización de la experiencia, una experiencia histórica. Pero el pollo no quiere saber esto, no desea aceptar su finitud. Y los que alimentan al pollo están de acuerdo con Rosseau: *el hombre que piensa es un animal depravado*. El mismo Zizek hace alusión a esta idea al autonombrarse “*un monstruo*”, al negar su condición humana como semejante a los alimentadores del pollo.

Ante este panorama la labor del historiador actual se antoja casi imposible, donde el escenario podría ser una suerte de cacería fantasmagórica. La narración histórica de estos tiempos implica señalar y criticar la contingencia, casi absoluta, del ser humano. Un ser humano que aparenta estar pero no está, que aparenta responder preguntas pero que ni siquiera pregunta, que aparenta buscar sentido a las cosas, a su vida, pero que ni siquiera es capaz de producir significación, que acomete a su experiencia histórica con una aparente ansiedad de vivir más pero que ni siquiera es apto para evocarse a sí mismo. El hombre no desea saber, no desea ser libre.

El hombre construye día a día una mentira y vive de ella porque la sola idea de concebir una verdad implica ya, *de facto*, abrirle resquicios a la muerte para que entre de lleno en su existencia. El gran rascacielos que representa, metafóricamente hablando, esta mentira tiene como base fundamental a la tecnología: seres humanos que interrumpen su andar, su pensar y su hablar cuando el celular suena, cuando la televisión se enciende, cuando la mensajería instantánea responde, cuando el videojuego promete elevar la autoestima con la ade-

cuada manipulación virtual de ese espacio y tiempo que no es tangible –pero que profetiza perfección y demanda una devoción sin fundamentalismos (para Zizek el fundamentalista no cree, el fundamentalista sabe y por eso mismo confunde constructos sociales y los funde en un solo dogma operacional; de ahí la mezcla entre realidad y Dios, entre creer y creer que se cree, entre amar y violentar)-.

La nueva historia narrará la voluntaria identificación de los sujetos con sus objetos de uso y de conocimiento, donde el consumismo y la producción indiscriminada de bienes y servicios no serán más que las vías que el ser humano ha diseñado cuidadosamente para que dicha transición sea posible. La ciencia, la historia, las artes, la economía serán condiciones de posibilidad para que el sistema social, como un GRAN OTRO, se corone amo y señor de todo. Y ese sistema social será la nueva gran ideología alimentadora de las realidades simbólicas. Niklas Luhman (Complejidad y democracia, Teoría de los sistemas sociales, artículos publicados por la Universidad Iberoamericana) ya hablaba de esta posibilidad en su teoría de los sistemas sociales: “la teoría sociológica de los sistemas sociales [...] no considera más al hombre como parte del sistema social, sino como un ambiente problemático del mismo sistema”. Zizek habla de esto como una paradoja que concreta la más implacable pérdida de identidad del ser humano, la alienación absoluta afuera de sí mismo.

Retomando la línea crítica de Kant - en la que recupera las tres preguntas filosóficas, en su sentido cósmico: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me está permitido esperar?; con la intención de elaborar la cuarta pregunta, planteada anteriormente, ¿qué es el hombre? – podemos decir que el hombre es el ser que ha decidido jugar el juego del discurso, regulado por el GRAN OTRO que se encarga de organizar todas las relaciones sociales. En donde al hombre le es permitido esperar y conocer aquello que le ha sido prometido: la historia del Otro. Y con el permiso del Otro el hombre puede hacer en la actualidad prácticamente todo lo que desea, o más bien, lo que cree que desea. Es así que podemos ver la imposibilidad del psicoanálisis en su inten-

ción de normalizar al individuo, al paciente, al grano de comida.

El nuevo giro que el psicoanálisis deberá hacer supone permitirle al hombre sufrir racionalmente, concederle un espacio en el que decida por cuenta propia no ser feliz y no obtener satisfacción en el placer ofrecido por el sistema social que le ordena disfrutar, así como le ordena disfrutar las cosas que han sido elegidas para él, en otras palabras: darle el permiso de identificarse con el grano de comida para temerle al pollo, pero esta vez con el sano objetivo de que el hombre asesine al GRAN OTRO –al pollo-.

Someterlo, devorarlo, chuparse los dedos y hacer digestión del pollo, del otro que no soy yo, parece ser, ya, la única vía posible para recuperarnos, rehabilitarnos en cuanto a hombres racionales y dadores de significados.

El pensamiento crítico de la actualidad tiene muy claro que tanto el análisis filosófico como la teoría de la historia deben provocar “cortos circuitos”. Es decir, conjugar una nueva perspectiva, o mirada, de las cosas y las palabras que nos resultan familiares con la intención de construir una ruptura sobre los paradigmas que hemos adquirido de manera gratuita. La intención de atacar estos lugares comunes con un pensamiento crítico, que si bien parece cruel es un ejercicio racional obligatorio, es eliminar las capas superficiales con las que está regida nuestra realidad simbólica; logrando percibir una autenticidad no explícita en el ser humano en ninguna de sus formas comunicativas.

Es en esta intención donde el pensamiento crítico de Zizek y Kant parecen encontrarse. Y es el mismo Zizek quien propone una metáfora adecuada para este tipo de reflexión. Haciendo un enlace con la serie llamada *Short Circuits* que publica MIT (Massachusetts Institute of Technology), el filósofo introduce la idea de que el pensamiento crítico consiste en vincular conceptos que usualmente no serían vinculantes entre sí, de esta manera se podría hablar de una nueva forma de percibir viejas figuras simbólicas. Metafóricamente hablando: unir cables que sabemos está prohibido cruzar debido al inevitable corto circuito que esto ocasionaría. Eso es pensamiento crítico. Y todo parece indicar que el gran constructor de este piso reflexivo es Emmanuel Kant con sus tres críticas: *Crítica de la Razón Pura*, *Crítica de la Razón Práctica* y *Crítica de la Facultad de Juzgar*.

Louis Guillermit (Emmanuel Kant y la filosofía crítica) menciona que “el pensamiento kantiano es la fuente viva más próxima de la filosofía moderna”, donde se ve reflejada “la consagración de una ambición: la de hacer, por

Paradójicamente hemos logrado evadir un principio sustantivo de la filosofía kantiana, en el que “ninguna de las cuestiones que conciernen a un objeto dado a la razón pura es insoluble para esa misma razón humana...; el mismo concepto que nos pone en condiciones de plantear la cuestión debe también hacernos absolutamente capaces de responder a ella.”

fin, de la metafísica una ciencia” a partir de la posible consideración en la que “sólo como sujeto de la moralidad es como el hombre se descubre en su verdad de fin último de la creación”. Esto representó un giro completo en cuanto a la concepción de naturaleza, hombre y divinidad en tiempos de Kant – cuando el dogma fundaba todas las relaciones -. La originalidad de la propuesta kantiana reside en su teoría del hombre como sujeto social que responde a leyes civiles. Dicha propuesta considera perversa la obediencia dogmática, dando cabida así a un planteamiento racional sobre la elección, sobre la autenticidad del *deber ser humano*.

Logrando establecer la división entre Naturaleza y Naturaleza Humana, Kant justifica una conquista inevitable sobre el territorio simbólico que anteriormente pertenecía solo a Dios: el hombre mismo. Pero esta división también habría de conducir hacia una desmitificación del mundo natural que el modernismo se apropió como objeto de dominación y explotación. Se permitió que dentro de la nueva ciudadanía creada se generara una relación perversa entre el hombre y la naturaleza que lo rodea, instaurando para siempre la permanencia del ser humano como rey soberano de todo, impidiéndole ver las cosas claramente dentro de una ceguera irracional en la que resulta imposible imaginar la humildad necesaria del que vive una experiencia histórica que solo pertenece a un espacio y a un tiempo específicos.

La ironía es que el hombre tomó el lugar, literal, de Dios aunque la esperanza de Kant era exactamente lo opuesto: que la naturaleza humana respondiera a su deber eligiendo siempre el camino de la discreción y la correcta manera de vivir – moralmente hablando -. Freud pudo descubrir, mucho tiempo después, que esta moral tergiversada se convirtió en la fuente de placer del ser humano, un placer que proviene de la violación o transgresión de lo prohibido. Y quizás esta errónea interpretación de la teoría kantiana propició, más por accidente, la posibilidad del post-modernismo – en la que el hombre mismo mató el mito del hombre endiosado -.

Es así que tanto Zizek como Kant coinciden en una postura obligada que posibilite la reinterpretación de la civilización humana. Una reinterpretación que nos ocupe en el intento de recuperar una moral que practique la discreción y la razón. Kant menciona que “si hay una ciencia que el hombre necesite, es la ciencia que le enseña a ocupar como es debido el lugar que le ha sido asignado en la creación, y de la cual puede aprender lo que hay que ser para ser un hombre.” Zizek propone que la reflexión

debe ser individual, ejercida en espacios íntimos en los que el ser humano se reintegre a sí mismo. Esta idea persigue el ideal de aniquilar la reflexividad universal – el GRAN OTRO – para acabar con la creciente ineficiencia de la reinterpretación. No dejar que el GRAN OTRO reinterprete sistemáticamente es un acto que envuelve una violencia crítica, una violencia del intelecto, un corto circuito, una búsqueda por la moral que surge del acto voluntario y reflexivo de un hombre que *ya no quiere creer que cree*. Este acto exige el uso de la razón propia y del despojo cómodo de la razón del Otro, es un acto que demanda adquirir y habitar la propia historia y desechar la historia del Otro, requiere una actitud honesta de abandono y la eliminación de cualquier falsa esperanza. Nuevamente Kant nos ilustra: “el uso de la razón no se adquiere por sí mismo, como el de los pies, por la mera frecuencia del ejercicio”, o como reinterpreta Guillermit a Kant: “el único modo de ser racional es querer serlo, y [...] la única elección libre es la de la libertad”, mostrando que “el hombre no dispone de su razón como de una luz, sino que se hace libre sometándose a lo que esa razón exige de él.”

Con este surtido de ideas se pone en manifiesto el temor kantiano de que el hombre sea presa de su pasión – de su locura -; sin embargo, todo parece indicar, que las tres críticas de Kant no previeron el gran mal que acecharía al hombre moderno: el evidente exceso reflexivo que transformaría radicalmente la estructura de dominación social, otorgándole el máximo poder de gestión al GRAN OTRO. Este mal es puramente banal, no tiene discreción alguna y no se adjudica ninguna postura, y es precisamente su recolección de voces - en aras de la civilización, de la democracia y de la comunicación – que ha sido posible silenciar la voz aguda e individual del hombre. Llámese inconsciente colectivo o el GRAN OTRO, no cabe duda que ha reducido al ser humano a una posición de esclavo y celador del campo fértil que es el abandono de sí mismo.

El gran ejemplo de lo anteriormente expuesto es el liberalismo comunista, una revisión política y doctrinal en la que hasta el racismo es razonado – al que se le denomina racismo postmo-

Nuevamente podemos observar que la historia, o más bien, la narración de la historia del hombre ha jugado un papel crucial en esta enorme mentira que da vida al GRAN OTRO.

dermo -, donde la aceptación del GRAN OTRO posibilita la existencia de la cultura pop, el ciberespacio, todo lo neo (neo-Nazi, neo-Punk, neo-Glam, neo-Beat) y donde se justifica absolutamente todo si permanece adscrito a maneras no convencionales de afrontar las crisis. Todo esto representa el exceso reflexivo que señala Zizek en su texto electrónico *Nobody has to be vile* (London Review of Books, 6 de Abril de 2006): “we should have no illusions: liberal communists are *the enemy* of every true progressive struggle today”.

Un liberalismo comunista de tal envergadura impide un auténtico reflejo de nuestra verdadera, real, humanidad, principalmente porque no existe, de manera abstracta, un resquicio en el cual pueda uno localizar un espejo que no sea producto o subproducto del GRAN OTRO.

Paradójicamente hemos logrado evadir un principio sustantivo de la filosofía kantiana, en el que “ninguna de las cuestiones que conciernen a un objeto dado a la razón pura es insoluble para esa misma razón humana...; el mismo concepto que nos pone en condiciones de plantear la cuestión debe también hacernos absolutamente capaces de responder a ella.” Solo con esta pérdida puede comprenderse que las condiciones necesarias sean dadas para que las normas sociales que solían reprimir los arrojados sexuales del individuo no se sostengan ante la cara del hedonismo actual.

Y si bien Kant lo tenía muy claro – “todos los hombres se proponen, efectivamente, en virtud de una necesidad natural, un mismo fin único que llaman *felicidad*” – la actualidad ha originado un reverso de la moneda: una felicidad que consiste en un ansia desenfadada por vivir, casi en términos de sadismo, con la única intención de convertirse, fundirse, en el GRAN OTRO. Para la consecución de este acto debe uno captar las sutilezas que arrastra la obediencia del posthumano en cuestiones tales como los medios masivos de información y la política gubernamental, ambos espacios en los que el individuo no tiene poder alguno.

El posthumanismo es una teoría que presupone el fin del hombre y de la historia para cederle lugar al hombre sobre-

informado, individualizado y desintegrado socialmente. Kaminsky y Rambatan, por mencionar algunos nombres, sostienen la idea de que el posthumanismo inhabilita cualquier posible vía de salvación de una humanidad perdida, principalmente porque hace legítimo el uso de la violencia y la crueldad, a través de funciones políticas heredadas al Estado, con la intención de salvaguardar la figura del GRAN OTRO. Exalta el concepto de propiedad y los avances en la biotecnología al mismo tiempo que erradica al proceso científico en cuanto a reflexión sobre el hombre y su quehacer. Es, hasta cierto punto, una ciencia de la represión disfrazada de libertad o, como diría Zizek, es el arte de obligar al hombre a creer que es libre.

Dentro de la corriente posthumanista es imposible que la obediencia sea una coacción ejercida por uno mismo sino que se obedece porque *así debe ser, así siempre ha sido, así lo hacen los demás*. Por lo tanto, contrario a Kant, la crítica de la razón no conduce necesariamente a la ciencia sino a obtener el *estado social de idiota o perverso*. No es bien visto provocar *cortos circuitos* ni utilizar a la filosofía como una tarea moral, a menos que sea dentro del campo permisivo del actual estado contingente en que se encuentra sumergida la realidad simbólica. En esta esfera el hombre es idealmente un autómatas: un ser que aprieta botones y empuja palancas.

Este liberalismo comunista que sostiene el puente del posthumanismo relata hazañas nobles y heroicas solo como entretenimiento y justificación para obtener grandes ventas millonarias en bienes y servicios. El genio que orquesta todo el aparato social es el chico de la puerta de al lado, el *geek* que se adjudica el rol de profeta y sabio.

La solución la presenta Zizek de una manera fantasiosa y con una mueca de ironía, burlándose de la filosofía y al mismo tiempo enalteciendo la labor histórica: ya que, de manera última, somos las historias que nos contamos sobre nosotros mismos, la solución a un bloqueo psíquico reside en reescribir *“positivamente”* la narrativa de nuestro pasado. Suena fácil. Suena divertido. Es fantasía.

J. M. Coetzee (premio nobel de literatura) ha dado vida a un personaje memorable para el universo literario, Elizabeth Costello. Una anciana novelista, australiana, que da conferencias por diversos escenarios del globo terráqueo con la intención de contar las verdades que desea escuchar, y que nadie le cuenta. “Ya no tengo tiempo para decir cosas que no pienso”, se dice a sí misma. A través de esta vieja cascarrabias y obscenamente intelectual, Coetzee enuncia sus

teorías y observaciones que va dejando de lado en sus novelas, su gran obra, permitiendo que su obra menor se concentre en dar las grandes, y somníferas, charlas que él no puede darse el lujo de ejecutar. Es así que Costello, o Coetzee, recupera su noción de historia en el libro que, precisamente, se titula *Elizabeth Costello*:

“El negocio de contar historias se parece a muchas cosas. Una de ellas [...] es una botella con un genio adentro. Cuando el narrador abre la botella, el genio es liberado al mundo y cuesta Dios y ayuda volver a meterlo dentro. La posición de ella [Elizabeth], su posición revisada, su posición en el crepúsculo de la vida: es mejor, en general, que el genio se quede en la botella.

La lección de la comparación, la lección de los siglos (por eso prefiere pensar en comparaciones que razonar las cosas), es que no dice nada de la vida que lleva el genio encerrado en la botella. Lo único que dice es que el mundo sería mejor si el genio se quedara encerrado.”

Nuevamente podemos observar que la historia, o más bien, la narración de la historia del hombre ha jugado un papel crucial en esta enorme mentira que da vida al GRAN OTRO. Y es desde esta misma zona, la historia, donde podría permitirse, el ser humano, recuperar su libertad.

Una vez más, Zizek, en una entrevista (Journal of Philosophy and Scripture, Graduate Students in Philosophy at Villanova University) sobre “la divina autolimitación y el amor revolucionario” expresa su postura en cuanto a la posibilidad de ser libre usando espacios íntimos, y, en una manera extrema, a uno mismo:

Joshua Delpech-Ramey: A cut within ourselves?

Slavoj Zizek: Yeah, yes! This is why again, in a totally different way (you put it wonderfully) this too, is in a movie that I like, Fight Club, where at first, you hit yourself. This is the most difficult part. The change is a change in you. Herbert Marcuse of the Frankfurt School, so sadly forgotten today, put it in a very nice way in his essay on liberation, “freedom is the condition of liberation.” In order to liberate yourself you must be free.

Está claro que en una sociedad permisiva la única autodestrucción posible no es en búsqueda de la libertad sino del placer; de donde se desprende la explicación para ver, últimamente, una proliferación en las relaciones sociales y sexuales que se enmarcan dentro de la tipología amo-esclavo. Y en el psicoanálisis actual se percibe, cada vez más, que el subconsciente ya no está regido por la secreta resistencia a la ley, sino que es la ley misma.

Guillermi señala que la dificultad para comprender el pensamiento de Kant se localiza en la aceptación de que es necesario hacer factible una ley moral para conducir la razón finita del hombre. Deduciendo que “es precisamente en la autonomía donde Kant ve <el fundamento de la dignidad de la naturaleza humana y de toda naturaleza dotada de razón>. Lo que importa no es tanto que uno se dé su ley, sino que uno se *somete* a la ley que uno se da.” Pero en la actual exageración reflexiva de la realidad se mina el terreno postmoderno en el que el hombre puede ser un sujeto libre para elegir y reformar su identidad. Y se observa que el nuevo superyó logra invertir la noción kantiana de “tú puedes, porque tú debes” a un nuevo enunciado: “tú debes, porque tú puedes”. Se encuentra con este nuevo enunciado no solo la ideología que sustenta al liberalismo comunista sino el permiso para observar al Otro, violentarlo y arrebatarle lo único que tiene: su propia historia, para apropiarse de ella y seguir alimentando al GRAN OTRO.

Nos topamos de frente con el gran problema que el pensamiento crítico enfrenta, principalmente desde la trinchera del historiador y del filósofo, y del cual parten todas las premisas de las realidades simbólicas en las que vivimos atrapados (siendo las más sobresalientes la tecnología, la biogenética y la política). Dicho problema es la alimentación del pollo, el GRAN OTRO, todo lo que sume al individuo en su pequeñez y lo arroja al olvido. Si bien para Kant la obediencia es una coacción ejercida por uno mismo, y para Zizek es la recuperación del espacio íntimo para reintegrarse hacia uno mismo; entonces el acto de obediencia implicaría *ser para deber ser* y, así las cosas, aniquilar a la gran abstracción que nos domina día a día y de la cual debemos huir, a toda costa, con el fin último de recorrer el sueño del hombre que no es forzado a creer que es libre, sino que él mismo se esfuerza en ser libre. Este esfuerzo deberá hacer evidente un riesgo auténtico y propio, evitando la delegación del riesgo y la disminución de daños; será un riesgo en el que el hombre debe saber, siempre, que es *finito, racional y obediente*.